

El neoliberalismo y la inflación de la fobia al Estado

Pablo Martín Méndez*

Estamos dispuestos a aceptar cualquier explicación de la presente crisis de nuestra civilización, excepto una: que el actual estado del mundo pueda proceder de nuestro propio error y que el intento de alcanzar algunos de nuestros más caros ideales haya, al parecer, producido resultados que difieren por completo de los esperados.

Friedrich A. Hayek, *Camino de servidumbre*

I

Quisiéramos arrancar nuestra presente indagación posicionándonos en los pasajes menos advertidos, aunque posiblemente más lacerantes y polémicos, de la obra de Michel Foucault; y ello porque los mismos no sólo se dirigen contra cierto pensamiento que ya desde muy temprano parecía destinado a rodar como una suerte moneda corriente y por demás gastada, sino también porque en el límite involucran a toda una serie de axiomas virtualmente contestatarios. La lectura y relectura de aquellos pasajes resulta efectivamente lacerante, pues nos dice sin tapujos que el constante cuestionamiento al dinamismo intrínseco del Estado, el dinamismo que cubriría implacablemente la totalidad de la sociedad civil, no se interesa en buscar la procedencia de sus supuestos y todavía menos en criticarlos: "esta crítica del dinamismo del Estado (...) no efectúa, a mi entender, su propia crítica ni su propio análisis. (...) no se busca saber de dónde viene realmente esa especie de sospecha antiestatal, esa fobia al Estado que circula hoy en tantas formas diversas de nuestro pensamiento."¹ Nosotros repararíamos también en la posibilidad de que ambas cosas se promuevan mutuamente, es decir, en la posibilidad de que la averiguación sobre la procedencia de la sospecha incluya además las condiciones para la crítica de los supuestos. Tal sería entonces nuestro principio provisorio de trabajo: remitirse hasta los borrosos inicios del discurso sobre el dinamismo intrínseco del Estado y desde allí realizar la crítica implícita de sus eventuales alcances y repercusiones. Pero con-

* Licenciado y Profesor en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires. Actualmente becario de la Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires y doctorando en Filosofía por la Universidad Nacional de Lanús. Dirección de correo electrónico: pablmartinmendez@hotmail.com

¹ Cfr. Foucault, M., *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*, Buenos Aires, FCE, p. 221.

vendría tomar primero algunas precauciones de procedimiento: ante todo, no deberíamos concentrarnos en las linealidades prefijadas, sino más bien en las grietas y en las rupturas inesperadas, en las rupturas a partir de las cuales emerge un discurso específico; seguidamente, tampoco los deberíamos preocuparnos en despejar una verdad oculta o negada como en transitar los callejones grises y pedregosos que recorre toda manera concreta de dirigirse hacia el mundo. En otras palabras, se trataría de apegarnos a la indispensable cautela señalada por Foucault: “localizar la singularidad de los acontecimientos, fuera de toda finalidad monótona; atisbarlos donde menos se los espera (...); captar su retorno, no para trazar la curva lenta de una evolución, sino para reconocer las diferentes escenas en las que han representado distintos papeles”.² Y bien, ocurre que el develamiento y la seguida denuncia del dinamismo intrínseco y a primera vista irrefrenable de los mecanismos estatales, o si se prefiere los cuestionamientos cuya plataforma de despegue es siempre el acto de concebir al Estado como un monstruo omnipotente y aglutinador, aparecen perfectamente localizados en los tratados que los economistas y sociólogos ordo y neoliberales redactan durante las décadas de 1930 y 1940. He aquí el aporte de Foucault, y también nuestro punto de partida. Al fin y al cabo, no sólo nos corresponderá advertir la falta de continuidad entre el neoliberalismo y liberalismo, no sólo deberemos observar que el primero emerge de la crisis del segundo; además de eso, tenemos que abordar las críticas ordo y neoliberales a los sistemas económicos de mediados del siglo XX y precisar en ellas un conjunto de rupturas sumamente delicadas. Puede que dichas rupturas resulten conocidas y que su desenlace parezca en principio previsible, pero lo cierto es que las mismas se transforman y reconfiguran, lo cierto es que retornan y que se llaman unas a otras hasta alcanzar los modos en que actualmente juzgamos el mundo.

II

Señálese pues lo que se sabe de antemano: que los economistas neoliberales postulan al intervencionismo estatal como aquello que siempre atenta contra la libertad y la transparencia del mercado; y enúnciese también las deducciones más inmediatas y más comunes sobre el caso: que detrás de la defensa a ultranza del libre mercado siempre anidan intereses minoritarios y poco transparentes, intereses para los cuales dicha libertad implica la garantía y la permanencia del propio beneficio. De modo tal que a los adalides del neoliberalismo no les quedarían más que dos opciones: o bien esconder sus verdaderas intenciones, o bien mentirse a sí mismos. Sea como fuere, habría que preguntarse hacia qué lugar conduce semejante discu-

² Foucault, M., *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Valencia, Pre-textos, 2004, p. 12.

sión, habría que preguntarse incluso si estos juegos de lo verdadero y de lo falso implican un cuestionamiento práctico y efectivo del pensamiento neoliberal. Después de todo, son los neoliberales quienes nos dicen mejor que nadie y por anticipado que sus verdades y evidencias no se podrían negar sin evadirse y mentirse a sí mismo. Nosotros preferiríamos ahorrarnos entonces la suposición de que existe una verdad ubicada más allá del discurso neoliberal, una verdad que los promotores de ese discurso conocerían y que a pesar de todo eludirían por mera conveniencia. No se trata de mantenernos impávidos e indiferentes ante el progreso del neoliberalismo, tampoco se trata de abandonar las convicciones y las creencias propias para analizar objetivamente las cosas; antes bien, la cuestión consistiría en indagar nuestras convicciones y creencias a partir de las ideas neoliberales –o, más precisamente, a partir de las críticas al Estado y las intervenciones estatales.

Quizá la gran astucia del discurso neoliberal surgido en las décadas de 1930 y 1940 no haya sido otra que lograr la soldadura y el ensamble entre toda una serie de tendencias políticas y económicas anteriormente separadas; quizá la utilización de cierto hilo delgado pero resistente le haya permitido unir y entretrejer fenómenos tales como el intervencionismo de estilo keynesiano, el socialismo democrático y el totalitarismo de la Alemania nazi. Por lo demás, bastaría retomar los análisis y diagnósticos del ordoliberalismo y observar allí las innumerables caras de una continuidad pacientemente construida. Así por ejemplo, Wilhelm Röpke sostiene que las intervenciones estatales nunca deberían considerarse como acciones meramente aisladas, pues cada una de ellas genera desajustes y defectos que requieren de nuevas y variadas intervenciones, hasta el punto mismo en que la política económica se acerca al extremo de la planificación total.³ Así también, Walter Eucken menciona que la planificación económica de carácter centralista implica el predominio de los aparatos administrativos, mientras que los aparatos administrativos tienden a su vez al establecimiento de la planificación central, de modo que ambos elementos siempre se presentarán juntos.⁴ En un sentido similar, y expresando las posiciones más críticas del neoliberalismo austríaco, Friedrich Hayek señalará que la planificación conduce inevitablemente hacia la dictadura, “porque la dictadura es el más eficaz instrumento de coerción y de inculcación de ideas, y, como tal, indispensable para hacer posible una planificación central en gran escala”.⁵ Vemos entonces que el ordo y neoliberalismo postulan a los regímenes centralistas y dictatoriales como el “peligro

³ Cfr. Röpke, W., *La crisis social de nuestro tiempo*, Madrid, Revista de Occidente, pp. 204-206.

⁴ Cfr. Eucken, W., “Las fuerzas influyentes: el Estado”. En *Una mirada a la teoría, a los modelos económicos y a la economía social del mercado. Reflexiones teóricas para Bolivia*, La Paz, Konrad Adenauer Stiftung, 2011, p. 85.

⁵ Hayek, F., *Camino de servidumbre*, Madrid, Alianza, 2011, p. 130.

latente” de toda intervención estatal, aunque todavía nos falta apreciar el material que permite el ensamblaje entre las situaciones concretas y las situaciones potenciales. Röpke definirá a ese material con el término de “colectivismo”, y entenderá al mismo de acuerdo a un doble significado, esto es, el colectivismo “como movimiento que aspira en primer lugar a una *modificación del orden económico*, y como movimiento que aspira principalmente a una *modificación del sistema de propiedad*”.⁶ De igual manera, Hayek agregará que las diversas clases de colectivismo, las clases dentro de las cuales quedan incluidos el fascismo y el comunismo, se encuentran recorridas por la aspiración de organizar a la sociedad bajo los imperativos de una finalidad unitaria y por la consecuente negación de toda esfera autónoma e individual.⁷

III

Ahora bien, la cuestión fundamental reside precisamente en el hecho de que el colectivismo implica la inexorable exacerbación de las atribuciones estatales: “el colectivismo somete la vida económica al comando del Estado y eleva la soberanía de éste a la enésima potencia”.⁸ No en otro lugar, sino en la idea una economía dirigida y planificada, de una economía que altere la competencia de mercado y corra simultáneamente las bases de la propiedad privada, comenzaría a trazarse el “falso camino” del colectivismo; y no en otro lugar, sino en el colectivismo, los análisis ordo y neoliberales hallarán el nutriente más propicio para el movimiento expansivo y avasallador del Estado, el movimiento cuyo desenlace irremediable es la dictadura o incluso el totalitarismo. En efecto, la política gubernamental podrá transitar el camino colectivista a velocidades diferentes, podrá tomar el ramal del keynesianismo o del socialismo moderado, podrá desplegar un intervencionismo dosificado o estrictamente limitado, y sin embargo estará siguiendo siempre opciones tan desviadas como autoritarias. Röpke lo expresa en pocas palabras: “Quien no quiere una economía de mercado libre, tiene que querer la economía dirigida o economía de mando, pues no hay ninguna tercera posibilidad al momento de regular el mecanismo de una economía moderna”.⁹ No hay ninguna tercera posibilidad, lo cual equivale a sostener que más allá de la economía libre y competitiva, más allá de sus principios y de sus evidencias categóricas, todo se vuelve indistinto y ciertamente intercambiable. De ahí que las políticas keynesianas, las recetas socialistas, o cualquier otro tipo de acción gubernamental que procure corregir y regular las oscilaciones económicas interviniendo directamente en los mecanismos y resortes de la competencia, no provoque otra cosa más que

⁶ Röpke, W., *La crisis del colectivismo*, Emecé, Buenos Aires, 1949, p. 38.

⁷ Cfr. Hayek, F., *Camino de servidumbre*, op. cit., p. 111-112.

⁸ Röpke, W., *La crisis del colectivismo*, op. cit., p. 16.

⁹ *Ibid.*, p. 27.

una situación “precolectivista”;¹⁰ de ahí también que el colectivismo propiamente dicho aparezca como el resultado de una sumatoria de intervenciones estatales desviadas e incorrectas, de intervenciones que en cada paso precipitan aquello que deberían evitar. Tal vez ahora comience a entenderse mejor el alcance del discurso neoliberal, y además su gran astucia, esa astucia que Foucault logró vislumbrar hace tiempo y que consiste en sustituir solapadamente al análisis de la actualidad por una moneda fácilmente intercambiable: “en nombre del dinamismo del Estado, siempre se puede encontrar algo así como el fantasma del Estado paranoico y devorador. (...), poco importa en definitiva qué influjo tiene sobre lo real o qué perfil de actualidad presenta éste. Basta encontrar, a través de la sospecha (...) algo parecido al perfil fantasmático del Estado para que ya no sea necesario analizar la realidad”.¹¹ Pero como toda moneda echada a rodar por el mundo, la moneda neoliberal tiene dos caras: en una de las mismas se observa el perfil desgastado y fantasmático del Estado paranoico y devorador, y se advierte igualmente que dicho perfil aparece rodeado de consignas y leyendas colectivistas, mientras que en la otra no se aprecia ningún perfil definido, sino más bien la escenificación del eterno dilema entre lo verdadero y lo falso. Dado que los detalles de semejante escenificación resultan sumamente interesantes, y dado además que ellos inciden enormemente en las posibilidades de intercambio de la moneda neoliberal, conviene entonces que aquí nos dediquemos a palparlos con la atención y el cuidado que merecen.

IV

La otra cara de aquella moneda presenta ciertos relieves que Foucault no aborda explícitamente y que aún así quedan enmarcados en sus estudios más generales sobre el gobierno de las conductas; y es que las críticas neoliberales, la críticas que convierten a toda una serie de tendencias políticas y económicas en elementos continuos e intercambiables, remiten hacia algo más que a la suposición de un dinamismo irrefrenable y aglutinador del Estado. Los diagnósticos de Röpke indican en dónde debería buscarse el verdadero problema: “esa forma de dominación tan intranquilizadora y revolucionaria que representa el *Estado colectivista*, ha de considerarse nacida de la crisis de la democracia y, por encima de ésta, también de la crisis general sociológica y espiritual”.¹² De manera tal que el crecimiento y la expansión del Estado

¹⁰ Cfr. Röpke, W., *La crisis social de nuestro tiempo*, op. cit., p. 24.

¹¹ Foucault, M., *Nacimiento de la biopolítica*, op. cit., pp. 220-221. Es ilustrativo advertir también que Foucault señalase en su momento el hecho de que el discurso neoliberal tiende a establecer una continuidad entre las políticas sociales de los Estado de bienestar y los campos de concentración de los regímenes totalitarios. Nosotros no nos detendremos en este punto límite del análisis, mas valdría la pena pensar en la posibilidad de que el mismo aparezca hoy como un supuesto crítico prácticamente natural.

¹² Röpke, W., *La crisis social de nuestro tiempo*, op. cit.

deberían fundamentalmente de una tendencia sociológica y espiritual, de una tendencia que parecería contagiarse y propagarse sobre todo en tiempos de crisis. A nosotros nos correspondería concentrarnos nuevamente en los discursos ordo y neoliberales para observar que la tendencia mencionada no sólo se compone de ideas falsas, sino también persistentes e incluso patológicas. Así pues, y al menos en principio, los análisis de Karl Popper sostienen que el fascismo y el comunismo recurren a un conjunto de ideas que brotarían desde las épocas más remotas y que circularían intactas entre las más diversas corrientes de pensamiento. En efecto, a pesar de que pertenezcan a momentos históricos diferentes, a pesar de que adquieran por ejemplo el nombre de platonismo o de marxismo, esas corrientes no dejarían de compartir y de transmitir una misma idea, a saber: que resulta posible, y en el límite necesario, conocer a la sociedad como si fuese un “todo”.¹³ Mas la cuestión jamás se detiene ahí, porque la idea de que resulta necesario conocer a la sociedad en su totalidad poseería una suerte de disposición interna que la llevaría a aliarse con posturas políticas también intemporales, posturas según las cuales resulta igualmente posible, y en el límite necesario, intervenir a la sociedad como si fuese un “todo”. Se trata de tendencias que perduran a través de diferentes épocas y corrientes de pensamiento, se trata también de ideas cuya gradual difusión y aceptación implica el alejamiento de la verdad y el consecuente acercamiento al peligroso engaño del colectivismo. Hayek señalará que las sociedades del siglo XX abandonan cada vez más sus ideas fundantes y esenciales: “Estamos abandonando (...) una de las características de la civilización occidental tal como se ha desarrollado a partir de sus fundamentos establecidos por el cristianismo y por Grecia y Roma”;¹⁴ mientras que el diagnóstico de Röpke advertirá la propagación de una grave enfermedad espiritual, una enfermedad que invade la mente del hombre apremiado y lo conduce a depositar sus esperanzas en la eventual aplicación de soluciones tan absolutas como radicales.¹⁵

Bien podría argumentarse que la denuncia de ideas falsas y persistentes no introduce nada demasiado nuevo en la historia del pensamiento, bien podría concluirse en el hecho de que cualquier discurso más o menos crítico cree poseer la última palabra sobre las opiniones ajenas, pero debería advertirse también que las cosas toman un cariz distinto cuando el neoliberal-

¹³ Cfr. Popper, K., *La miseria del historicismo*, Madrid, Alianza, 2010, pp. 88-89. Para el análisis específico sobre la confluencia entre las ideas platónicas y marxistas, véase especialmente Popper, K., *La sociedad abierta y sus enemigos*, Barcelona, Paidós, 2008.

¹⁴ Hayek, F., *Camino de servidumbre*, op. cit., p. 55.

¹⁵ Cfr. Röpke, W., *La crisis social de nuestro tiempo*, op. cit. pp. 8-10 y pp. 253-254. “La tendencia hacia la socialización (...), es en la Europa actual algo así como una epidemia, que asoma ora aquí ora allí, para luego, tras la desilusión consiguiente, desvanecerse. (...) Hay no poco aquí que parece indicar que estaríamos frente a irracionalidad de una epidemia espiritual de que son víctimas las masas”. Röpke, *La crisis del colectivismo*, op. cit. p. 40.

lismo entiende que las ideas falsas y persistentes aparecen como el fruto y la consecuencia esperable de las enfermedades del espíritu. ¿Y de dónde provendrían esas enfermedades sino del repetido acto de mentirse a sí mismo?, ¿qué otro factor terminaría desequilibrando la mente sino la constante tendencia a evitar lo inevitable? No será entonces casual que Röpke diagnostique el “desgarramiento interno” del socialismo moderno, el desgarramiento que se origina en la conflictiva convivencia de dos almas perfectamente contradictorias: el alma democrática y humanitaria, y el alma antiliberal y autoritaria; y por supuesto: “no se puede tener verdadera confianza en movimiento tan equivoco y tan penosamente desgarrado”.¹⁶ Tampoco será casual que los estudios de Ludwig von Mises indiquen la importancia de comprender que las tendencias antiliberales obedecen en el fondo a la “patológica disposición mental” producida por el resentimiento y por la neurosis: “Nos encontramos, ahora, ante una grave enfermedad nerviosa, una auténtica neurosis, cuyo tratamiento compete más al psiquiatra que al legislador. Constituye, sin embargo, circunstancia que debe tenerse en cuenta al enfrentar los problemas de nuestra actual sociedad”.¹⁷ A diferencia de las personas sanas, el neurótico se volvería incapaz de soportar la vida como en verdad es; a diferencia de aquellos que simplemente siguen adelante, su patológica disposición mental lo empujaría a abrazar los divinos elixires y consuelos que le ofrece el ideario socialista. Mises dirá que no existen suficientes psiquiatras para contrarrestar las tendencias antiliberales, y agregará la consecuente necesidad de que cada individuo procure curarse a sí mismo: “Ha de ser el propio sujeto quien se auto-medique, llegando a comprender él mismo las razones que le inducen a rehuir la realidad, prefiriendo acogerse a vanas ensoñaciones”.¹⁸ Aunque el discurso ordoliberal parecería llevar el problema todavía más lejos, pues postulará la posibilidad de contrarrestar las tendencias antiliberales mediante la implementación de toda una “terapéutica espiritual”.

V

Posiblemente esa postulación trace la frontera que no sólo divide al ordoliberalismo y del liberalismo decimonónico, sino también del neoliberalismo austríaco y norteamericano. Foucault sostenía que el discurso ordoliberal contiene una concepción sumamente particular sobre la competencia de mercado: “La competencia, en su juego, sus mecanismos y sus efectos positivos (...), no es [aquí] un fenómeno natural, no es el resultado del juego natural de los apetitos, los instintos, los comportamientos, etc. Es un principio de formalización. Tiene una

¹⁶ Ibid., p. 23-24.

¹⁷ Mises, L., *Liberalismo*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1994, p. 30.

¹⁸ Ibid., p. 31.

lógica interna; posee una estructura propia. Sus efectos se producen si únicamente se respeta dicha lógica”.¹⁹ De ahí que los principios formales de la competencia definan la serie de condiciones sin las cuales la competencia misma no llegaría a existir como tal; de ahí también que las críticas ordoliberales al dinamismo intrínseco del Estado impliquen mucho más que la simple negación de toda intervención gubernamental. Antes bien, las intervenciones que el discurso cuestiona, y que en última instancia presenta como elementos intercambiables, son aquellas que atentan contra la eventual existencia de la competencia. Según Röpke, el liberalismo soslaya el hecho fundamental de que la competencia depende siempre del encuadre sociológico y moral que garantiza su existencia;²⁰ de igual manera, Alfred Müller-Armack señala que el liberalismo reconoce el principio de la competencia y simultáneamente olvida que tal principio sólo funciona como instrumento de organización cuando existe una configuración social clara y definida.²¹ Pero si se acepta que el funcionamiento efectivo de la competencia requiere de todo un conjunto de condiciones previas, y si se advierte además que las mismas surgen de manera artificial antes que natural, quedaría por preguntarse entonces qué tipo de acción produce las condiciones en cuestión.

Las indagaciones de Foucault señalan que el discurso ordoliberal construye los parámetros de una política gubernamental completamente específica, una política que ya no interviene en la esfera propia del mercado, sino más bien en la serie de condiciones que hacen a la competencia de mercado. Nosotros deberíamos advertir también que esa política gubernamental se dirige directamente hacia los espíritus y que escarba en ellos hasta extirpar las ideas y tendencias antiliberales, las ideas que a cada instante impiden el funcionamiento efectivo del principio formal de competencia. Röpke lo dice claramente: “Una reforma social como esta no equivale, hablando en términos médicos, a una terapéutica sintomática y local, sino a una terapéutica constitucional y etiológica; y por atacar la raíz del problema social, a una política verdaderamente radical.”²² Convendría decir incluso que la política gubernamental del ordoliberalismo permanece ubicada entre dos polos o tendencias: entre la competencia como aquel principio formal que siempre se debe realizar y efectivizar, y entre el Estado colectivista como la idea peligrosa que los espíritus siempre deben evitar. Nótese que el alejamiento de la segunda idea implica el acercamiento a la primera y viceversa; nótese además que la aversión y

¹⁹ Foucault, M., *Nacimiento de la biopolítica*, op. cit., p. 153.

²⁰ Cfr. Röpke, W., *La crisis social de nuestro tiempo*, op. cit. pp.65-66.

²¹ Cfr. Müller-Armack, A., “Economía social de mercado”. En *Una mirada a la teoría, a los modelos económicos y a la economía social del mercado. Reflexiones teóricas para Bolivia*, La Paz, Konrad Adenauer Stiftung, 2011, p.16.

²² Röpke, W., *La crisis social de nuestro tiempo*, op. cit. p. 292.

la fobia al Estado, la fobia que convierte a toda acción política sospechosa en un elemento intercambiable, resulta sumamente funcional a los principios del neoliberalismo, tan funcional que de hecho tiende a ser incitada desde las acciones gubernamentales desplegadas por el mismo; nótese finalmente que el neoliberalismo propiamente dicho, el neoliberalismo que postula verdades innegables y propone reformas espirituales, no es una sencilla ideología económica que podríamos aceptar o rechazar en su totalidad, sino un modo concreto y determinado de gobernar y de dirigir nuestras aspiraciones y conductas.

Bibliografía

- Eucken, W., “Las fuerzas influyentes: el Estado”. En *Una mirada a la teoría, a los modelos económicos y a la economía social del mercado. Reflexiones teóricas para Bolivia*, La Paz, Konrad Adenauer Stiftung, 2011, pp. 79-90.
- Foucault, M., *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Valencia, Pre-textos, 2004.
- Foucault, M., *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*, Buenos Aires, FCE, 2008.
- Hayek, F., *Camino de servidumbre*, Madrid, Alianza, 2011.
- Mises, L., *Liberalismo*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1994.
- Müller-Armack, A., “Economía social de mercado”. En *Una mirada a la teoría, a los modelos económicos y a la economía social del mercado. Reflexiones teóricas para Bolivia*, La Paz, Konrad Adenauer Stiftung, 2011, pp. 15-19.
- Popper, K., *La sociedad abierta y sus enemigos*, Barcelona, Paidós, 2008.
- Popper, K., *La miseria del historicismo*, Madrid, Alianza, 2010.
- Röpke, W., *La crisis del colectivismo*, Buenos Aires, Emecé, 1949.
- Röpke, W., *La crisis social de nuestro tiempo*, Madrid, Revista de Occidente, 1956.